

COMENTARIOS SOBRE
LA REALIDAD
LATINOAMERICANA

EDUARDO LATORRE

A nombre del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) y del mío propio, deseamos manifestarles que nos sentimos muy agradecidos por la invitación que nos hicieron las autoridades de este Primer Congreso Nacional de Trabajo Social de la República Dominicana a que presentáramos una visión panorámica de la realidad de la Patria Grande, nuestra América Latina, a fin de tener un marco general de referencia para dar inicio a las actividades de los conferenciantes y panelistas del evento.

Con nuestra participación, el INTEC ha querido decir a estos hombres y mujeres de tan alta vocación de servicio que pueden encontrar en nosotros una voz de aliento y una mano amiga. Este Primer Congreso marca un hito en la historia del trabajo social dominicano y por ello nos sentimos verdaderamente honrados de que se nos haya brindado la oportunidad de compartirlo.

I

América Latina, continente en búsqueda de su destino, presenta una realidad de grandes contrastes, producto de una enorme diversidad interior cuyo punto fundamental de coherencia ha sido desgraciadamente la dependencia externa. El

Discurso pronunciado en el Primer Congreso Nacional de Trabajadores Sociales Profesionales, Santo Domingo, 25 de febrero de 1978.

mundo latinoamericano ha fascinado al europeo desde su descubrimiento. A partir de entonces él ha sido frontera de acción para los países que sucesivamente han ejercido la principal influencia política, económica y cultural en el planeta y cuyo proceso de unificación se inicia, justamente, con la conquista de América.

Desde el estrecho de Magallanes en el Sur hasta el Río Grande y la Península de la Florida en el Norte, la vasta y deslumbrante naturaleza que constituye la base física en que se apoya el hombre latinoamericano tiene mayor variedad que la de cualquier otro continente. Las cordilleras y las selvas, los desiertos y las planicies fértiles, al igual que los inmensos ríos que cruzan la tierra latinoamericana todos son elementos que deslumbran pero que a la vez condicionan la vida humana a la luz de la historia y de los avances de la ciencia y la tecnología.

Hoy día, gracias a esta última, comer pescado fresco en Ciudad México o cruzar de Lima a la desembocadura del Amazonas no es ya motivo de asombro; como tampoco lo es consumir carne de la Pampa en Caracas o conducir en Santo Domingo un vehículo alemán fabricado en Monterrey o en Sao Paulo. Es evidente que la importancia de la naturaleza como factor que mantenía a la América Latina dividida, ha ido decreciendo cada vez más rápidamente.

Los incas y aztecas, los araucanos y arauacos, los mayas, chibchas, guaraníes, caribes y demás grupos indígenas que con asombro y consternación vieron al europeo conquistar, saquear y dominar el continente, no sólo cayeron víctimas de las armas y el trabajo esclavizado, sino que fueron desposeídos de lo más íntimo en todo ser: su propia identidad. Reducidos a condiciones infrahumanas, su existencia quedó subordinada al interés y a las conveniencias del europeo. Hasta tal punto, que cuando morían se les reemplazaba por africanos arrancados y traídos por la fuerza en la trata de esclavos.

En medio de una orgía de violencia, se les impuso tanto a aborígenes como a africanos a Jesús como el Dios de todos los hombres; se les proscribió cualquier otra creencia; y se destruyeron sus templos suplantándolos con los símbolos de la fe cristiana. De este modo, el hombre americano y el esclavo traído del Africa quedaron privados de comunicarse con el Infinito si no era a través del intermediario europeo y mediante la intercesión de los santos canonizados en Roma. Por otra parte, el castellano, el portugués, el francés, el inglés y el holandés, suplantaron los medios de comunicación indígenas y africanos. Y junto al lenguaje, se impuso también un concepto de lo bello, lo bueno y los fines últimos de la vida, así como una explicación de la existencia humana a imagen y semejanza de la europea. A pesar de que hubo un proceso de asimilación de ciertas herencias americanas y africanas, lo cierto es que, a fin de cuentas, predominó siempre lo europeo.

La colonia no sólo produjo una mentalidad dependiente muy peculiar, sino

también una gran mezcla de razas, blanca, india y negra; siendo América Latina la pionera del gran mestizaje. Es cierto que en el Cono Sur donde había pocos indios predominó la raza blanca, reforzada desde mediados del siglo XIX por nuevas y abundantes migraciones europeas. En los países andinos, en cambio, al igual que en México y Centroamérica, donde existían grandes poblaciones indígenas, ocurrió una mezcla racial de tal magnitud que todavía hoy día son los mestizos de indio y blanco los que allí constituyen la gran mayoría de la población. Y por último, en las tierras bañadas por el Mar Caribe, y en la costa del Brasil, la mezcla racial ha producido una población predominantemente mulata.

Esta riqueza racial se aumentó con migraciones de hindúes en Guyana, japoneses en Brasil, chinos en Perú, turcos, judíos sefarditas y toda clase de europeos por todo el continente. Pero lo importante es que el hombre americano es un producto cultural y racialmente heterogéneo. Si bien los 350 millones de latinoamericanos se rigen por patrones culturales europeos, su característica étnica es la mezcla más variada. Se trata de una situación cultural y racial que dificulta una identidad claramente definida, pero que al mismo tiempo facilita la asimilación de lo nuevo; máxime si se considera que el mestizaje será lo común en el futuro, dados los medios modernos de comunicación y transporte y los avances del hombre en contra de los prejuicios y el aislamiento.

Fieles a esta característica de diversidad y contraste, existen hoy día en nuestra América Latina naciones con más de cien millones de habitantes, como Brasil, y otras con apenas cien mil como Grenada. Los dos países con mayor población, Brasil y México, suman 175 millones; lo que constituye la mitad de todos los latinoamericanos. Luego siguen Argentina y Colombia, con 25 millones cada una. A continuación otros cuatro países: Perú, Chile, Venezuela y Cuba; con poblaciones que fluctúan entre 10 y 16 millones. El resto de la población latinoamericana está repartida en pequeños países dotados cada uno de ellos de características singulares.

A excepción del Cono Sur, el crecimiento demográfico en nuestro continente es uno de los más altos del mundo; esperándose que para el año 2,000 América Latina tenga unos 600 millones de habitantes. En líneas generales, esta población estará repartida de la siguiente forma: 255 millones en Brasil, 150 millones en los países Andinos, más de 100 millones en México, cerca de 90 millones en el Caribe y algunos 45 millones en el Río de la Plata.

II

Las características generales de la sociedad latinoamericana son las típicas del Tercer Mundo, aunque en una situación relativamente superior a las del Afri-

ca y Asia. Exceptuando a los países del Cono Sur y a Cuba, que mantienen un nivel de vida muy superior al de los demás, los índices de salud y de educación de los pueblos latinoamericanos son muy bajos y las desigualdades sociales sumamente altas. En ellos conviven la lujosa mansión con el rancho de cartón, los alumbrados de mercurio con la ausencia de facilidades sanitarias, el gran confort para el turista con un desempleo crónico calculado entre el 20 y 30 por ciento de la fuerza laboral, la venta de los más caros artículos de Europa y Estados Unidos con una dieta de calorías y proteínas totalmente insuficiente para un nivel aceptable de supervivencia humana. He aquí algunos de los contrastes increíbles que todos conocemos y que, sin embargo, el más elemental sentido de justicia exige que sean superados.

La población latinoamericana, todavía predominantemente rural, se traslada en números cada vez mayores a las ciudades donde permanece marginada de la vida urbana. Se realiza así el doble fenómeno de inmensas ciudades sostenidas por el campo y de un número relativamente reducido de residentes urbanos, pertenecientes a los estratos sociales medios y altos, usufructuando los beneficios de la sociedad en general. Con esto se acentúan aún más las ya pronunciadas diferencias sociales, económicas y culturales. Hoy día existen más de una docena de ciudades en América Latina con cifras superiores al millón de habitantes, tres con más de siete millones y muy pronto Ciudad México tendrá quince millones.

La economía latinoamericana es básicamente productora de materias primas y de servicios, como consecuencia de un índice relativamente bajo de desarrollo de manufacturas. La agricultura, ganadería y minería han sido tradicionalmente sus principales fuentes de riquezas. A pesar de que ya para 1965 las exportaciones latinoamericanas superaban los diez mil millones de dólares, sin embargo, nuestra capacidad productiva continúa siendo baja. El ciudadano latinoamericano medio produce en realidad la mitad que el ciudadano de la Unión Soviética y alrededor de la sexta parte que el de la Europa Occidental. No obstante, su producto real es tres veces superior al de los países de Asia o Africa.

A principios de la década de 1950, el producto bruto de la región apenas superaba los cuarenta mil millones de dólares. Sin embargo, dos décadas después esta cifra se había cuadruplicado, lo que es un indicio de fuerte crecimiento. Asimismo entre 1930 y 1970 la producción de acero, el producto simbólico de la industria moderna, se elevó de apenas un millón de toneladas a más de diez millones, denotando con ello un fuerte desarrollo de la industria pesada. El problema con estas aparentemente alentadoras cifras de producción es que dejan de serlo cuando se comparan con el crecimiento del consumo inducido por el incremento demográfico, con la muy injusta distribución de las riquezas y, finalmente, con los términos desiguales del intercambio comercial de la América Latina con el extranjero.

La independencia de nuestro continente originó el establecimiento de una serie de estados nacionales organizados según el modelo republicano. En ellos se intentó poner en práctica el sistema liberal de la democracia representativa. Sin embargo, luego de más de siglo y medio de esfuerzos, los resultados no han sido muy halagüeños. Más que el triunfo de la razón y la libertad, mediante el respeto a los derechos individuales de los ciudadanos y al mandato de la mayoría, lo que ha sucedido es la imposición de la fuerza y el reino de la tiranía, muchas veces ejercida caprichosamente por caudillos megalómanos y cleptomaníacos.

Hoy día son pocas las naciones del continente que pueden realmente considerarse democracias representativas. Inclusive algunas que en épocas anteriores fueron ejemplos de un orden civil legalmente constituído, han sucumbido recientemente ante el avance de los cambios sociales y la necesidad de incorporar nuevos grupos al sistema político. La incapacidad de ser flexibles o de adoptar nuevas fórmulas ha traído consigo el recurso a regímenes militares que llenen el vacío político a fin de mantener el orden y el status-quo socio-económico. El problema de fondo en todo este proceso ha sido el de haber copiado un modelo político que se ajustaba a la Europa de la época, pero no a las estructuras propias de las sociedades latinoamericanas post-coloniales.

Tal parece que se llegó a pensar que una simple declaración de independencia y la proclamación de un régimen constitucional, republicano y democrático, de hecho los constituía como tales; sin tener en cuenta el desarrollo de las fuerzas sociales, económicas y políticas que los sustentaban. Es cierto que los Estados Unidos de América lo habían logrado; pero cierto también es que allí ya se había desarrollado, a similitud de Europa, un grupo empresarial orientado hacia la industria y la ampliación del mercado interno, así como también un grupo político extremadamente capaz, empeñado en hacer viable su sistema. Ambos grupos estaban dedicados al desarrollo nacional y no a fomentar la dependencia externa. En vez de buscar intermediarios con el exterior, los norteamericanos desarrollaron una burguesía nacional cuyo triunfo total se consolidó en 1865 con la victoria del Norte sobre el Sur en la guerra civil.

III

La dinámica social latinoamericana tiene sus orígenes en la colonia y en el desarrollo del capitalismo mundial. En ella, la organización de la vida material se fundamentó en la economía del latifundio y en la minería. Se pasó sucesivamente de la encomienda a una plantación que complementaba la dieta europea. Y se substituyó el envío de metales preciosos, como el oro y la plata, por el de aquellos minerales básicos de la industria, como el hierro, el cobre, o la bauxita. Todo lo cual constituyó un proceso que ha tenido y tiene como destino final los centros

del capitalismo mundial. El desarrollo de este orden socio-económico, tendiente cada vez más a abarcar el globo completo, sitúa a la América Latina como suministradora de materias primas, subordinada a los intereses de ese capitalismo como fuerza económica y como política mundial.

Una mirada al proceso histórico latinoamericano muestra que se pasó de un orden colonial directo, el de las metrópolis políticas España y Portugal, a otro indirecto, el de las metrópolis económicas Inglaterra u Holanda. Ya que fueron éstas las que se convirtieron gradualmente en el destino final de las exportaciones de América. Al enarbolar la bandera de la independencia política, el orden que acabamos de llamar indirecto sustituyó al directo, convirtiéndose Inglaterra por un tiempo en el principal centro de poder económico. Sin embargo, con el desarrollo espectacular de los Estados Unidos, el centro del capitalismo pasó de Europa a la América del Norte, quedando así América Latina subordinada directamente a los intereses de la poderosa nación vecina.

De hecho, la contribución latinoamericana al desarrollo del mundo moderno ha sido de consideración, al suministrar por casi cinco siglos buena parte de cuanto se ha requerido para el bienestar de los europeos y luego de los norteamericanos: azúcar para endulzar, guano para abonar, nitratos para explotar, caucho para rodar, estaño para enlatar, etc... Asimismo hemos consumido desde antaño lo que la industria capitalista ha venido elaborando, desde las viejas telas flamencas hasta los electro-domésticos o las computadoras de bolsillo. Igualmente nuestras fronteras han estado siempre abiertas al extranjero, desde el aristócrata o el sabio visitante hasta el inversionista o prestamista cuyos dividendos van a engrasar las arcas de los países más desarrollados.

Se pudiera dar la mala impresión de estar diciendo que América Latina no ha progresado desde los tiempos coloniales, lo cual es totalmente incierto. Lo que sí afirmamos es que el desarrollo en nuestro planeta ha sido muy desigual; resultando mucho más beneficiados los centros que las periferias. Ya que ha permitido a los primeros un grado de desarrollo cada vez más alto, mientras que los problemas básicos de las segundas han permanecido sin soluciones definitivas.

Dotado de una débil conciencia nacional, al liderazgo latinoamericano le ha resultado hasta el presente más fácil acomodarse a vivir subordinado y a compartir los beneficios de una existencia privilegiada que hacer aquello que un día realizaron sus vecinos del Norte, quienes lucharon por desarrollar las fuerzas económicas, políticas y sociales de los Estados Unidos. Es cierto que han existido ejemplos excepcionales, como los de la Argentina y el Brasil del siglo pasado o los del Chile y el México de este siglo, o finalmente el de la Cuba contemporánea; pero, en general, han pesado más las fuerzas del privilegio interno y el externo que las del espíritu de lucha por una sociedad nacional más justa y mejor.

Diversidad y división, subdesarrollo y dependencia, he aquí las características que más resaltan en nuestra América Latina luego de cuatro siglos y medio de vida a partir de la conquista europea. Nuestro continente es un conglomerado de naciones, cada una extremadamente celosa de su independencia respecto a sus vecinos; sólo para venir luego a ser todas dependientes del mundo exterior. Cada país actúa en función individual y no de grupo, restando en vez de sumar fuerzas, en un mundo cada vez más complejo e integrado.

Se impone, pues, el que la América Latina encuentre coherencia en aquellos factores que la unen, desechando los que la dividen. De persistir por el camino seguido hasta el presente, no habrá forma de superar la crisis tan profunda que nos agobia en lo económico, en lo social y en lo político. Pues, en términos generales, nuestras poblaciones carecen de un nivel de vida adecuado, de una justa división del trabajo y la riqueza, así como de un sistema que garantice la seguridad individual y colectiva dentro de valores y procedimientos democráticos.

Para terminar este siglo y decididamente sobrevivir en el que sigue, los planteamientos tendrán que tener carácter continental para tan siquiera conversar en un plano de menor desigualdad con naciones continentales como los Estados Unidos, la Unión Soviética, China, o los países económicamente integrados de Europa Occidental. La América Latina debe presentar un frente común, mientras más unido mejor. Algún día la humanidad llegará al gobierno mundial; pero mientras eso ocurra, debemos aspirar al menos a una sólida integración regional.

IV

Visto a grandes rasgos, el panorama latinoamericano no es particularmente grato en esta etapa de la historia de la humanidad. Pero es alentador el que estemos presenciando la etapa final de un largo proceso que todavía nos llevará al Siglo XXI. Es evidente que de seguir globalmente las mismas tendencias, las condiciones relativas del Tercer Mundo en vez de mejorar empeorarán. En consecuencia, los latinoamericanos buscarán los correctivos de lugar, ya sean de carácter reformista o revolucionario, para redefinir los términos de la participación del continente en el mundo y la naturaleza de la vida en sociedad.

El papel latinoamericano en el siglo XXI debe ser creativo. Por estar en mejores condiciones relativas que los asiáticos y africanos, debe ser la fuerza de vanguardia que ayude a concebir un nuevo orden mundial que tome en consideración el fenómeno de la integración del planeta y una mejor distribución de toda la riqueza material e intelectual producida por la humanidad.

Los viejos moldes de las ideologías del siglo XIX deben ser superados para poder dar mejor explicación de la realidad de que somos parte y lograr propugnar soluciones viables en escala planetaria. Este es el reto de la humanidad para el próximo siglo. Tengo fe en que los latinoamericanos sabremos cumplir con nuestra parte.